

**OBSCURO, -RA**

*(oβs'kuro, -ra)*

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.



**SOBRE LOS TAMBORES DEL DIOS NEGRO,  
SE HA DICHO...**

«Un mosaico compuesto de piratas haitianos que surcan el cielo, gente de la calle y magia orisha. Una obra colosal».

SCOTT WESTERFELD, autor besteller del  
*New York Times*

«Clark reescribe la historia con maestría en una fascinante trama fantástica que transcurre tras la Guerra Civil. Una narración emocionante y original que atraparà a los fans de la ucronía».

*Publishers Weekly*

«Una novela corta maravillosa, un soplo de aire fresco que promete grandes cosas para la carrera de P. Djèli Clark. El autor ha creado un universo vivo y auténtico, poblado de personajes interesantes y complejos. *Los Tambores del Dios Negro* es, en definitiva, un deleite».

*Locus Magazine*

«*Los Tambores del Dios Negro* es un imprescindible para los fans de la fantasía y la ucronía. Clark ha demostrado continuamente que es un talentoso autor al que no hay que perder la pista, y esta historia lo consolida como uno de los mejores autores de género del mundo».

TROY L. WIGGINS, director ejecutivo de la  
revista *FIYAH*

«No puedes perderte esta electrizante aventura a través de las calles de la Nueva Orleans alternativa *steampunk* y decadente que Clark nos presenta. La historia desprende estilo, está hilada mediante un lenguaje trabajado y repleta de personajes inolvidables que actúan movidos por los dioses».

DANIEL H. WILSON, autor bestseller de  
*Robocalypse* y *The Clockwork Dynasty*

«Una intriga internacional en la que se ve implicada la Confederación, una extraña y misteriosa ciencia y magia vudú».

DAVID D. LEVINE, autor de la novela ganadora  
del Premio Andre Norton *Arabella of Mars*

«Aunque no estés familiarizado con la magia orisha, este cuento retro-afrofuturístico de Clark te mantendrá atrapado en una Nueva Orleans alternativa llena de aeronaves y científicos renegados. El lenguaje y la ambientación son tan auténticos que los saborearás a cada página».

TADE THOMPSON, autor de *Los asesinatos de  
Molly Southborne*

«Una historia alternativa hechizadora que desprende autenticidad y carácter. Te sentirás terriblemente decepcionado cuando acabe; esta historia de Clark te dejará deseando más».

JUSTINA IRELAND, autora de *Dread Nation*

«Esta combinación de historia y cultura se ha materializado a la perfección en un mundo de lo más completo y auténtico hasta el último detalle».

MAURICE BROADDUS, autor de *Buffalo Soldier*

«La novela corta de P. Djèlí Clark comenzó a devorarme desde la primera página con esa voz narrativa que captura tan perfectamente el espíritu de la ciudad de Nueva Orleans. Me ha calado hasta los huesos, me ha calentado el corazón y me ha hecho reír, todo al mismo tiempo».

ROBYN BENNIS, autor de la saga *Signal Airship*



LOS TAMBORES DEL  
DIOS NEGRO





# LOS TAMBORES DEL DIOS NEGRO

P. Djèlí Clark

Posfacio de Cristina Jurado

Traducción de Raúl García Campos



**OBSCURA**  
e d i t o r i a l

Título original: *The Black God's Drums*

© 2018, P. Djèlí Clark

Todos los derechos reservados

© 2023, Obscura Editorial, S. L.

Avinguda d'Esplugues, 77. 08034 Barcelona

© 2023, Raúl García Campos, por la traducción

© 2023, Cristina Jurado, por el posfacio

© 2023, David G. Vaquero, por la ilustración de cubierta

Primera edición: junio de 2023

Composición de cubierta: Marc Vilaplana

Maquetación: Joana Macià Domingo

Corrección: Joana Macià Domingo y Roser Vales i Abenzoa

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares. En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-126083-3-5

Depósito legal: B 23767-2022

Impreso en Gràfiques Rey, S.L.

Carrer d'Albert Einstein, 54

08940 Cornellà de Llobregat

Barcelona

*A los que sobrevivieron a la travesía,  
y se trajeron consigo a los dioses Negros.*



*He vengado a América.*

JEAN-JACQUES (JANJAK) DESSALINES



La noche de Nueva Orleans nunca para quieta, decía mi mamá, como si esta ciudad no supiera echarse a dormir. Si buscas una buena panorámica, coges el ascensor que sube a lo alto de uno de Les Grand Murs, donde los dirigibles atracan a en punto. Los gigantescos muros de hierro cercan a la Gran Señorita por completo. Desde aquí arriba puedes ver Nueva Argel, en la orilla oeste, con los astilleros ahogados bajo el humo de las fábricas y con los obreros subiendo y bajando como hormigas por los huesos de los barcos recién construidos. Gírate y ahí tienes los distritos del centro, iluminados con las farolas de gas, como estrellas relucientes. Puedes ver el otro murallón al este, junto al lago Borgne, y luego el cuarto al norte, como una luna creciente que abarca el pantano de Pontchartrain, más conocido como La Ville Morte, la Ciudad Muerta.

Les Grand Murs los levantaron los holandeses para contener las tormentas que arrecian todos los años. Aunque tampoco son los típicos huracanes, sino más bien unas *tempêtes noires* que hunden el cielo en la noche durante toda una semana. Yo nací durante una de las más violentas, hará como unos trece años, en 1871. Los murallones protegieron a la Gran Señorita, pero aun así fal-

tó poco para que la lluvia y los vientos inundasen la ciudad, que se llenó como un cuenco. Mi mama me sacó de su barriga durante aquella tormenta, bien agarrada a un liquidámbar grandote bajo los rayos y los truenos. Decía que yo era hija de Oiá, la diosa de las tormentas, de la vida, de la muerte y de la reencarnación, que vino de Lafrik con su bisabuela, y que corre con fuerza por nuestra sangre. También decía que por eso me gustan tanto las alturas, porque quiero volar con el viento de Oiá.

Les Grand Murs son lo que yo considero mi casa ahora. No es el lugar más cómodo (tienes corrientes en las noches de invierno, y en verano hace tanto calor que no puedes hacer otra cosa que pasarte el día echada sobre tu propio sudor). Pero muchos de los niños de la calle se han recogido aquí. Mejor esto que acabar en un orfanato, o que te recluten y te obliguen a hurtar para alguna banda de ladrones.

Yo me he agenciado uno de los mejores sitios: un recoveco no muy apartado de una de las mayores torres donde amarran los dirigibles. Ahí es donde tienden las rampas para que desembarquen los pasajeros que vienen a la ciudad. Oculta en mi recoveco, puedo verlos muy bien: de todos los colores, vestidos cada uno a su manera, hablando en más idiomas de los que sé contar, con unas voces que compiten con el traqueteo de los motores de las aeronaves y con el ronroneo de las hélices. Siempre que los observo pienso que ahí fuera hay un mundo nuevo, lleno de todo tipo de gente. Un día sueño con que me montaré en uno de esos dirigibles. Dejaré atrás esta ciudad, camino de las nubes, y visitaré todos los sitios que sea posible visitar, y veré a toda la gente que sea posible



ver. Y, cómo no, desde mi recoveco también puedo distinguir muy bien a los que no son demasiado cuidadosos con sus carteras, sus maletas y demás. Porque en Nueva Orleans no se vive solo de los sueños.

Me fijo en un hombrecillo, un petimetre vestido con un traje a cuadros de tonos oxidados, con el lustroso pelo castaño peinado hacia atrás y el bigote rizado. Trae los bultos bien sujetos, pero al costado lleva un reloj de oro de bolsillo colgado de una cadena. Una invitación evidente como pocas. Tarde o temprano, alguien se lo acabará afanando, así que mejor que sea yo.

Me dispongo a seguirlo cuando, de pronto, el mundo se ralentiza. El aire, los ruidos, todo. Es como si alguien hubiera cogido el tiempo y lo hubiera estirado por ambos extremos. Me doy media vuelta, con pesadez, y al apartar la vista del murallón veo que una luna monstruosa inicia su ascenso hacia el cielo. No, no es una luna, compruebo aterrada, ¡es una calavera! Una descomunal calavera de color blanco hueso que tapa la noche entera. Se alza sobre el horizonte y arroja una sombra sobre la ciudad, donde las farolas de gas se apagan una tras otra. Miro boquiabierto el rostro espeluznante, desnudo de toda traza de carne y de piel, que a su vez me mira a mí con sus cuencas negras y vacías, y con una sonrisa llena de dientes descubiertos. A duras penas consigo mantenerme en pie.

—¡No es real! —susurro para mis adentros mientras mantengo los ojos cerrados tan fuerte como puedo para hacer que la aparición se desvanezca. Cuento hasta diez en silencio, sin dejar de susurrar—: ¡No es real! ¡No es real! ¡No es real!

Cuando abro los ojos, la luna calavera ya no está. El

tiempo vuelve a fluir con normalidad, y los ruidos de la noche resurgen de golpe. Y la ciudad sigue ahí, de nuevo tendida a sus anchas, respirando, destellando y viva. Exhalo. Todo ha sido obra de Oíá, lo sé. La diosa tiene unas formas muy peculiares de expresarse. No es la primera vez que recibo una de sus visiones, aunque nunca me habían sobrecogido de esta manera. Nunca me habían parecido tan reales. Son lo que la gente llama premoniciones, avisos de cosas que están a punto de suceder o de cosas que no tardarán en llegar. Por lo general, enseguida sé de qué se trata. Pero ¿una luna calavera gigante? No tengo ni idea de qué quiere decir algo así.

—También podrías ser un poco más clara —mascullo con fastidio. Pero Oíá no responde. En mi cabeza oigo la melodía que se ha puesto a silbar. Trata de su madre, Yemayá, que guía a unos pescadores desorientados de regreso a la orilla. Al fin y al cabo, la luna es el terreno de Yemayá. Desisto y me giro, con la esperanza de volver a dar con mi presa, pero, en vez de eso, me sobresalto con el ruido de unos pasos.

Me quedo inmóvil. Por la contundencia del ruido, deben de ser unas botas. Y más de un par. Maldigo mi mala suerte y vuelvo a recogerme en el recoveco. Es mi sitio predilecto, porque queda más retirado de por donde la gente suele pasar. Está lo bastante cerca para que pueda verla, pero lo bastante a desmano para quitarme de en medio. Nadie se aleja tanto nunca hasta esta parte del murallón. Pero los pasos suenan cada vez más próximos, ¡vienen derechos hacia aquí! Maldigo mi suerte otras dos veces y me revuelvo para agazaparme en un rincón más apartado del recoveco, donde se recogen las sombras. Soy

lo bastante menuda para hacerme un ovillo si aprieto bien las rodillas contra el pecho. Y, si me quedo muy quieta, quizá pueda escabullirme sin que me vean. Quizá.

Me imagino que serán unos polizontes. No suelen subir aquí, pero puede que la ciudad, por alguna razón, haya decidido hacer una batida. Ya falta poco para el Mardi Gras, y querrán que todo esté en orden para cuando lleguen los forasteros... «En orden» dentro de lo que es Nueva Orleans, al menos. Puede que alguien se haya quejado de que aquí haya tanto niño callejero limpiando bolsillos. O, peor aún, puede que en los orfanatos y en las fábricas necesiten más manos pequeñas para manejar las máquinas... máquinas a las que les encanta devorar dedos. Aprieto los dientes y tenso los puños como si intentara proteger los dedos, sin atreverme a respirar. Ni muerta pienso acabar en un sitio de esos.

Pero quienes se presentan en el recoveco no son polizontes. Son un grupo de hombres, eso sí, como cinco de ellos. No los veo bien en la oscuridad, pero por su estatura y sus andares, deben de ser hombres. Sin embargo, no visten el uniforme azul que revelaría que son polizontes, con la media luna dorada boca abajo y la estrella de cinco puntas bordadas en los hombros. Su uniforme es de un gris plomizo y deslavado que parece fundirse con la penumbra. En la pechera de la chaqueta llevan un parche que reconozco enseguida: unas estrellas blancas que recorren las aspas de una cruz azul en forma de X en medio de un lecho rojo, con las siglas ECA cosidas debajo. El deje enérgico que les retuerce la lengua es del sur, pero al igual que su uniforme, está claro que no lo han fabricado en Nueva Orleans.

—Y bien —dice uno de ellos—. ¿Puedes conseguirnos lo que queremos?

—Da por hecho, capitani —le responde otro, así como muy despreocupado. Este es cajún. Reconocería ese acento del bayú entre un millón. Despego el mentón de las rodillas y me aventuro a mirar por debajo de la visera de la gorra. No viste uniforme. Lleva unos pantalones marrones viejos y una camisa roja con tirantes. Sigo sin verles bien la cara, pero distingo una mata de pelo blanco que le llega casi hasta los hombros—. El científico ese está aquí día siguiente, en un dirigible de por la mañana desde Haití. Yo mismo veré de encontrarme con él.

Eso me llama la atención. ¿Un científico haitiano? ¿Va a reunirse con esta gente?

—¿Cuánto tendremos que esperar? —pregunta un tercer hombre. La voz le suena impaciente, como si gimoteara—. Capitán, no hace falta tanto tinglado. Yo digo que lo agarremos sin más en cuanto llegue. Lo metemos en el dirigible y nos largamos. Lo tendremos en Charleston en menos que canta un gallo.

El cajún chasquea la lengua.

—¡Madre mía! Tú haz eso, hermano, y tendrás polizontes metiendo las narices. Te saldrá más caro que yo. No es así como hacemos cosas por aquí, no.

—A mí me parece que lo único que sabéis hacer en esta ciudad es beber, comer y apostar —dice el tercero con desdén.

El cajún suelta una risita.

—Nos gusta pasar tiempo bueno. Hacer música, y también bebés.

El primero de los hombres, al que los otros dos llaman

capitán, interviene. Parece que no quiere que las cosas se salgan de madre. Me fijo por un momento en las botas negras que llevan y caigo en la cuenta de que no me he traído al rincón la manta de dormir. Una torpeza por mi parte. Pero ya no puedo hacer nada. Se me acelera el pulso, y confío en que ninguno de ellos la pise ni se moleste en mirar abajo.

—Entonces, una vez que el científico llegue —dice el capitán—, ¿cómo lo hacemos?

—Cuando él instala, yo arregla el encuentro entre vosotros —responde el cajún, que después guarda una pausa—. ¿Tenéis cosa esa que él busca? Si no entregáis, él podría marchar.

—Tenemos su joyita, sí —dice el tercero con su característico desdén.

El cajún da una palmada, y me lo puedo imaginar sonriendo.

—Entonces no debería de haber problema. —Alarga el brazo y el capitán le pone en la mano un grueso fajo de algo. El inconfundible y hermoso susurro de unos billetes nuevecitos al ser contados llena el recoveco.

—Tendrás el resto cuando veamos al científico... y su invento —estipula el capitán.

—Bien, capitani —dice el cajún—. Vosotros dais su joya y él va a entregar la cosa que queréis. —Deja de contar y se inclina hacia los otros—. Los Tambores del Dios Negro. Quizás hasta ganáis esta guerra todavía, sí.

El capitán asiente antes de responder.

—Quizá.

Siguen hablando, aunque no parece nada importante. Solo son las preguntas y los comentarios que suelen hacer

los hombres que desconfían los unos de los otros y que no traman nada bueno. Pero yo ya no les presto mucha atención. No dejo de darle vueltas a lo que el cajún ha dicho: los Tambores del Dios Negro. Si hay un científico haitiano en el ajo, esto solo puede significar una cosa. Y, si estoy en lo cierto, es algo muy gordo. Más gordo que cualquiera de las carteras que pudiera birlar esta noche. Seguro que hay alguien para quien esta información es muy valiosa. Solo tengo que averiguar quién es el mejor postor. Un buen rato después de que los hombres hayan salido del recoveco, me quedo sentada en la penumbra, pensando mientras Oíá tararea en mi cabeza.

Dos noches más tarde, el domingo previo al Mardi Gras, se respira un ambiente muy ajetreado. En circunstancias normales, me habría zambullido en el tumulto, lista para pavonearme y lucirme con todo el mundo. Pero esta noche no. Esta noche tengo una reunión. Y cierta información que vender... o que intercambiar.

Atajo por el Barrio, un poco para ver qué se cuece, pero sobre todo para hacerme unos bolsillos fáciles por el camino. Como no abulto mucho, nadie se fija en mí. Basta un poco del viento de Oíá para que las carteras y los billetes salgan volando. A la diosa no le parece bien que utilice su don de esta forma, y así me lo hace saber, revolviéndoseme como se me revuelve en la cabeza. Pero también entiende que algo tendré que echarme al estómago, así que me deja hacer. A veces refunfuña, pero tampoco le hago mucho caso.

Lo que sí hago es cambiar de ruta cuando veo que